

## EL PIANO DE PARED

La puerta se muestra frente a él como en un sueño. El color se ha perdido durante todos los años en que nadie la ha pintado, pero sigue igual de imponente en lo alto de su escalinata de piedra. Daniel la observa con mirada apagada, y sin quererlo los recuerdos se apoderan de su mente, con tanta fuerza que su pecho da una sacudida. Llama a la campanilla de la entrada, cuyo timbre está ahora ensombrecido por una capa de óxido, pero en su interior puede escuchar con claridad el brillo de su sonido años atrás. Imagina que la puerta se abre y tras de ella aparece la figura de su madre, enmarcada por la luz del interior del hogar. Pero lo único que encuentra más allá del chirrido de sus engranajes es una oscuridad imperturbable. El sol se va adentrando en silencio, iluminando con su presencia el recibidor. La alfombra que atraviesa el largo de la estancia está cubierta de polvo, y al pisar sobre ella volutas se alzan y caen sobre sus zapatos. Se detiene en un espejo que reposa apoyado en una mesita, lo limpia con la manga de su chaqueta y se observa a sí mismo en el reflejo. Ya no es el niño que alguna vez se había asomado a ese cristal para sacudirse los restos de tierra y hojas secas del pelo antes de cenar. Los años nunca perdonan, y su rostro bien lo sabe, apagado como ahora y como nunca, fruto de los recuerdos. Suspira en el aire concentrado, con olor a humedad y a sitio cerrado, y avanza. Las escaleras irregulares no están completas. Varios peldaños se han desplomado, y ahora la estructura está hueca, impidiendo el paso a la planta superior, donde antaño se habían encontrado los dormitorios. No importa, no importa no poder regresar a su viejo cuarto y recoger los últimos vestigios de infancia que habían ido quedando diluidos por su pasado, esos momentos quedaron

atrás. No importa, pero su nariz le cosquillea y su mirada se vuelve borrosa y húmeda. Sin darse tiempo a pensar en ello, vuelve a andar lentamente. A medida que avanza, reposa su mano en la pared, y aprovecha su tacto para guiarse por ella y cerrar los ojos, concentrándose en el ruido que sus pisadas provocan en las tablillas de madera carcomida. Abre los ojos cuando siente claridad en los párpados. El salón se abre ante él, luminoso y melancólico, estático. Las partículas de polvo se aprecian en el espacio como cascadas que caen a cámara lenta, en direcciones nebulosas, y le rodean por todas partes. Los grandes ventanales están completamente descubiertos, las contraventanas abiertas de par en par, como el día en que dejaron la casa por última vez. Su madre no quería que ese lugar estuviera apagado; siempre había sido su parte favorita de la clásica vivienda, en ella estaba el piano. Justo delante suyo y entre nubes traslúcidas, lo encontró. Éste le llamaba, como si hubiera estado esperando su regreso, como si no le hubiera olvidado jamás. El pobre piano de pared, fiel y noble perro de compañía, había aguardado más de media vida en su posición con la esperanza de que su amo le fuera a buscar. Levantó su tapa y acarició las lustrosas teclas de marfil con tanta ternura que sus entrañas refulgieron. Entonces comenzó a oír esa música escondida, prisionera de su memoria, que salía de los más profundo de su ser, pero que inundaba toda la gran sala. Esas delicadas melodías que le transportaban al instante a aquel mismo lugar, a las tardes en las que se sentaba al piano y acompañaba el cántico de los gorriones con sus cuerdas, y deleitaba a su madre que descansaba cerca suyo, e inundaba la casa entera de música. El mismo sol le acariciaba la piel de la nuca y le alumbraba las manos firmes en el teclado. No es apenas consciente de que

tenía los ojos duramente cerrados mientras se pierde en la nostalgia de las emociones que esa música imaginaria le remueve. No evita las lágrimas, ni piensa; solo llora y siente.

Su mano viaja hacia algún lugar del instrumento, y lo pulsa, y el sonido que emite está desafinado. El reposo había trastocado la tensión de las cuerdas, y la discordancia con la armonía de su pensamiento le hace volver en sí. Se queda unos instantes inmóvil, con la mente en blanco. El sol ya se oculta tras las montañas, y va dejando la habitación carente de brillo. Hace más frío que cuando entró, y es hora de volver a casa, de dejar su casa.

Sale al exterior, da un último vistazo a la fachada de piedra y sube a su coche. Enciende la radio y se desconcentra obligadamente de la atmósfera de añoranza que le envolvía. Tiene una extraña sensación de arrepentimiento, pero no puede vivir encerrado en su piano de pared. Pisa el acelerador. Será su piano de pared el que viva encerrado dentro de él.

Nora Martín del Castillo, 4º Secundaria